

Entre la ideología y lo cotidiano: la familia en el carlismo y el tradicionalismo (1940-1975)

(Between ideology and day to day life: family in Carlism and tradicionalism (1940-1975))

Caspistegui Gorasurreta, Francisco Javier

Univ. de Navarra
Dpto. de Historia
Edificio Bibliotecas
31080 Iruñea

Piérola Narvarte, Gemma

Univ. Pública de Navarra
Campus Arrosadia, s/n
31006 Iruñea

BIBLID [1136-6834 (1999), 28; 45-56]

Aunque no deja de ser un tópico, el predominio sociológico del tradicionalismo-carlismo en Navarra durante el franquismo se mantiene en buena medida a través de la familia, factor clave, aunque no único, para el proceso de socialización del carlismo como lo atestiguan los testimonios orales. Las transformaciones de la sociedad navarra y el cambio de modelos produjeron un debilitamiento de la familia tradicional y por ello el abandono de este importante elemento en la configuración del carlismo tradicionalista.

Palabras Clave: Carlismo. Tradicionalismo. Navarra. Franquismo. Familia. Socialización política.

Topikoa bada betiere, frankismoaren garaian Nafarroako tradizionalismo-karlismoaren nagusigo soziologikoa, neurri handi batean, familiaren bidez mantendu zen; faktore hori giltzarri gertatu zen, nahiz ez zen bakarra, karlismoaren sozializazio-prozesurako, ahozko testigantzek aditzera ematen dutenez. Nafar gizartearen eraldatzeak eta eredu aldaketak familia tradizionalaren ahultzea ekarri zuten eta, hori dela eta, karlismo tradizionalistaren egituraren hain garrantzi handikoa izan zen osagai hark bertan behera utzi zuen bide hori.

Giltz-Hitzak: Karlismoa. Tradizionalismoa. Nafarroa. Frankismoa. Familia. Sozializazio politikoa.

Bien qu'une telle affirmation puisse paraître une banalité, la prédominance sociologique du traditionalisme-carlisme en Navarre pendant le franquisme se maintient en bonne partie grâce à la famille, facteur clé mais pas unique, du processus de socialisation du carlisme, comme le démontrent les témoignages oraux. Les transformations de la société navarraise et le changement de modèles eurent pour effet l'affaiblissement de la famille traditionnelle; c'est pourquoi le carlisme traditionaliste abandonna cet important élément.

Mots Clés: Carlisme. Traditionalisme. Navarre. Franquisme. Famille. Socialisation politique.

Las conversaciones con antiguos integrantes de las diversas manifestaciones institucionales que el carlismo ha adoptado a lo largo del último siglo, habitualmente incluyen emocionadas y tajantes afirmaciones de adhesión a los que consideran sus principios inalterables pese a la variabilidad de la forma política que adopten en cada momento concreto. La muerte aparece a menudo como la única barrera capaz de poner fin a dicho vínculo. En momentos de crisis ideológica, agotamiento de los modelos políticos y cansancio de los ideales, afirmaciones como las mencionadas resaltan por pertenecer ya al territorio del pasado, ese país extranjero, en palabras de David Lowenthal, cuya característica es su diferencia respecto a lo que actualmente vivimos, el hecho de que “allí” se hacían las cosas de forma diferente. Esa conciencia de la diferencia, esa “extranjería” de algunos de los testimonios, incita a la curiosidad (incita a la conservación, añadiría Lowenthal). Surge el interés por las razones que los motivan, por el marco que los produjo, por el proceso que los configuró. Y es en ese interés donde radica la búsqueda de respuestas y el deseo de conocer las vías mediante las cuales dicha pertenencia, dicha vivencia (mucho más que militancia), se fundamenta. Por que lo que resulta evidente de dichas conversaciones y del sustrato que las sostiene es su soporte familiar. Es la familia la que transmite, educa y regenera sentimientos que alcanzan circunstancialmente forma política, de ahí la importancia que para la explicación del fenómeno en su conjunto tiene la aproximación a la familia¹, importancia en la que, como veremos, también coincidieron los tratadistas del tradicionalismo y ámbitos próximos a él, como el franquismo, pero que no ha despertado excesiva curiosidad entre quienes nos dedicamos a la historia como disciplina². También habrá que tocar el papel que dicha institución tuvo entre los herederos no tanto del tradicionalismo, cuanto de la vertiente más popular y social del carlismo, ya en los años setenta.

En la consideración de estos aspectos es evidente que el tradicionalismo, carlista o no³, se sostiene sobre una base católica. Incluso las formas “clarificadas” del carlismo de los últimos años reconocen una indudable importancia del componente religioso⁴. Los fundamen-

1. Es lo que destacan D. Bertaux e I. Bertaux-Wiame en: “Le patrimoine et sa lignée: transmissions et mobilité sociale sur cinq générations”, *Life Stories/Récits de Vie*, 4 (1988) 8-25. En sentido carlista, resulta particularmente pertinente hacer mención a las palabras de Jordi Canal: “A través del prisma familiar nos van a aparecer más nítidamente definidas, a fin de cuentas, tanto la larga pervivencia del carlismo como las bases de su movilización” (“La gran familia. Estructuras e imágenes familiares en la cultura política carlista”, en: Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, p. 103). En este artículo, Jordi Canal utiliza la propuesta teórica de Emmanuel Todd para analizar los vínculos existentes entre la familia troncal y la pervivencia carlista y, “[a]unque la aplicación específica del modelo de Todd al carlismo presente notables confusiones, no puede olvidarse que algunos de los elementos que caracterizan el sistema troncal tuvieron una gran trascendencia en los planos real e imaginario de esta cultura política. Cuestiones como el autoritarismo paterno, la convivencia trigeracional, la fuerte transmisión de valores, la importancia de las mujeres en la reproducción o el significado de la casa ayudan a entender [...] el carácter y la pervivencia del carlismo. Sin determinaciones ni exclusividades, no obstante, sino más bien en el marco de una más compleja construcción interpretativa” (105).

2. Existe una abundante literatura politológica y sociológica sobre el proceso de socialización política. De entre ella, citaremos la obra de Annick Percheron, cuyos trabajos más significativos fueron recogidos en *La socialisation politique* (Armand Colin, París, 1993). El origen del término y del interés por su conocimiento parte de la obra de Herbert Hyman, *Political Socialisation. A study in the psychology of political behaviour* (Glencoe, The Free Press, 1959). Un punto de vista reciente en: Alfredo Joignant, “La socialisation politique. Stratégies d’analyse, enjeux théoriques et nouveaux agendas de recherche”, *Revue Française de Science Politique*, 47/5 (1997) 535-559.

3. Existen evidentes diferencias entre ambos términos, especialmente si nos atenemos a una observación histórica de lo que ambos representan a lo largo del tiempo. Véase M. Vázquez de Prada y F.J. Caspistegui, “Tradicionalismo y política. Orígenes y evolución hasta el régimen de Franco (1808-1975)”, en el simposio *La política conservadora en la España contemporánea (1868-1982)*. Madrid, UNED, noviembre de 1991.

4. Un primer paso en este sentido, el *Esquema Doctrinal. Carlismo 68* (Zaragoza, SUCCVM, 1968), consideraba a la familia “[c]omo la institución natural, basada en el matrimonio, que constituye el origen y fundamento de la sociedad” (p. 39).

tos doctrinales e incluso prácticos de los primeros se apoyan en ella y a la luz de ella han de ser comprendidos. De ahí la importancia que tiene considerarlo, su auge o declive, para comprender el auge o declive de las formas de vida y la explicación de lo social, lo político y cultural desde un punto de vista tradicionalista especialmente. Vamos a centrar este texto en un ámbito geográfico delimitado, Navarra, caracterizadamente definida como carlista (en muchos casos un tópico poco justificable⁵) y con un modelo social en cambio vertiginoso a partir, aproximadamente, de mediados del siglo XX⁶.

En este sentido, va a jugar un papel fundamental la experiencia directa de quienes, además de vivir personalmente los cambios, formaban parte, en diversos grados, de lo que en un sentido muy amplio se llama carlismo. Para ello se utilizarán diversos testimonios orales que tratarán de confrontarse con el modelo teórico en el que se fundamentaba el carácter y contenido de la familia, todo ello con los matices que la distinta comprensión de lo incluido en los difusos límites del carlismo obligue a hacer en cada momento.

El método oral, el aprovechamiento de las fuentes orales, varía en cuanto a la aplicación de sus principios básicos, en buena medida dependiendo de las necesidades que llevan a su recopilación y posterior utilización. Por ello consideramos necesaria la precisión del sistema seguido en esta investigación concreta. La reunión de los testimonios aquí utilizados no la motivó directamente el tema propuesto en este Congreso, sino una reflexión más general acerca del declive del carlismo en Navarra entre 1936 y 1977. Uno de los más serios problemas planteados por ella fue la incapacidad para reunir un corpus de entrevistados de acuerdo a principios de validez estadística admitidos de manera general. Este problema estaba motivado por: 1) la inexistencia (o incapacidad de localización) de listas de componentes completas e incluso parciales; 2) la dificultad de limitar un fenómeno que rebasaba con mucho el aspecto meramente político, para entrar en un entramado de sentimientos, relaciones y vínculos emocionales difícilmente mensurables o sometibles a razón estadística, y que pasaría por completo desapercibido de centrarnos en la militancia política exclusivamente⁸.

5. F.J. Caspistegui, "Navarra y lo carlista en la España del franquismo: Símbolos y mitos", en: A. Martín Duque y J. Martínez de Aguirre (dirs.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, II (Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1996) 355-370 y "Navarra y el carlismo durante el régimen de Franco: la utopía de la identidad unitaria", *Investigaciones Históricas*, 17 (1997) 285-314.

6. A. Vázquez, J.M. Díaz y F. Azcona, *La vida cristiana ante el desafío de los tiempos nuevos. Estudio sociológico de Navarra* (Pamplona, 1973) 126-7 y 131-2. Comentan estos autores cómo "aquellas personas que en la cultura tradicional basaban su religiosidad en la costumbre local sufrirán necesariamente un quebranto" (132). Alfonso Pérez-Agote, "Cambio social e ideológico en Navarra (1936-1982). Algunas claves para su comprensión", *Revista de Investigaciones Sociológicas*, 46 (1989) 7-21; Francisco Javier Caspistegui y Carmen Ero, "El naufragio de Arcadia. Esbozo del cambio social en Navarra durante el franquismo", en: *Mito y realidad en la historia de Navarra*, III (Pamplona, SEHN, 1999) 107-131.

7. Proyecto de investigación para el cual hay 34 entrevistas transcritas hasta el momento.

8. Por ejemplo, ¿cómo no tener en cuenta el enorme papel de la mujer en el proceso de formación de las lealtades más emotivas hacia el Carlismo? Puede verse a este respecto el trabajo de Adriana Ripodas, "El círculo carlista de Vllava, un estudio sociológico: 1926-1935", en: *II Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Barcelona, 1994; o de G. Solé, "Mujeres carlistas en la República y en la guerra (1931-1939). Notas para la historia de las 'Margaritas' de Navarra", *II Congreso General del Historia de Navarra. 3. Historia Moderna. Historia Contemporánea*, Príncipe de Viana, Anejo 15 (1993) 581-591; F. Carrionero et al., "La mujer tradicionalista: las Margaritas", en: *La mujer y la guerra civil española* (Madrid, Ministerio de Cultura, 1991) 188-201; Josep Miralles, "La dona carlista durant el franquisme y la transició: tres casos significativos de la Plana", en: *VI Congrés d'Història i Filologia de la Plana*. Nules, 2-5 abril 1998 y "Laura Pastor: semblança d'una dirigent carlista del País Valencià durant la Transició Democràtica", en: *El carlisme i la dona. V Seminari sobre el carlisme*. Solsona 13 i 14 de març de 1998 (ambos en prensa. Agradezco al autor su gentileza al proporcionarme copia de estas referencias); o Jordi Canal, "La gran familia", 110-123. También se resalta el militante papel femenino en el carlismo en la entrevista realizada a F.A. (Zaragoza, 5-II-1997).

En esta situación hubo de recurrirse a otros métodos mediante los cuales garantizar la representatividad de las entrevistas, probablemente uno de los problemas más graves cuando se plantea la utilización de la fuente oral⁹. Así, puede recurrirse al sistema de saturación de testimonios empleado por Daniel e Isabelle Bertaux, por el cual, cuando los entrevistados ya no aportan novedades significativas al proceso de recogida de información se da éste por cerrado¹⁰, a la selección cualitativa de los testimonios¹¹ o simplemente a garantizar la máxima variedad de los mismos¹². También podríamos acogernos al denominado “esquema analítico emergente”, consistente en la adaptación a las circunstancias de la investigación conforme éstas se producen¹³. En el caso concreto de la recogida de información realizada, se combinó la saturación de testimonios con el esquema analítico emergente, proporcionando con ello un número que se considera suficiente para el desarrollo de conclusiones siquiera parciales. Este trabajo que ahora presentamos es uno de los resultados de dicha tarea, aunque no supone, en ningún caso, el final de sus posibilidades.

9. Como ejemplo de ello el que nos propone M. Papy (“Aspects et problèmes de l'enquête orale en histoire: une expérience en milieu ouvrier à Oloron-Sainte-Marie”, *Le Mouvement Social*, 112 (1980), 106-109) que, empeñado en hablar con obreros que no necesariamente tuviesen algo que decir, era conducido de manera sistemática hacia aquellos que sí tenían algo que decir. Planteaba entonces la oposición entre el hombre público (militante, historiador, sindicalista) cuya necesidad de reconocimiento social se opera a través de la selección de aquellos con los que compartir ese carácter y aquellos otros a los que no les interesa lo más mínimo recibir una palabra de la que no se sienten de ninguna manera partícipes. Son los que callan, los que contestan con monosílabos, los auto-excluidos ¿Hasta dónde debe entrar el interés del investigador?. P. Thompson (“Historiens et histoire orale”, *Coloqui sobre les fonts orals*, Palma de Mallorca, 1992, p. 17) considera dos posibilidades para seleccionar testimonios: el interés individual de una persona y la representatividad debida a la pertenencia a un grupo social concreto. Entre ambos hay que encontrar un equilibrio que debe construirse a partir de un muestreo de las claves sociales de una zona geográfica y una época determinadas (17). Puede verse también este punto de vista del mismo autor en *The Edwardians* (Londres, Routledge, 1992) XIX y “The development and present state of oral history in Britain”, *Bios, Zeitschrift für Biographieforschung und Oral History*, nº especial (1990) 77-86.

10. Pueden verse, entre otras, las siguientes obras de Daniel Bertaux: *Histoires de vie ou récits pratiques? Méthodologie de l'approche biographique en sociologie*, París: Raport CORDES, 1976; “Comment l'approche biographique peut transformer la pratique sociologique”, *Recherches Économiques et Sociales*, 69 (1977); “From the life-history approach to the transformation of sociological practice”, en D. Bertaux (ed.), *Biography and society: the life history approach in the social sciences* (Beverly Hills, Cal.: Sage, 1981) 29-45 (Publicado en castellano en: J.M. Marinas y C Santamaría (eds.), *La historia oral: metodos y experiencias* (Debate, Madrid, 1993) 19-34); y, con Isabelle Bertaux-Wiame: “Artisanal bakery in France: how it lives and why it survives”, en Frank Bechhofer y Brian Elliott (eds.), *The petite bourgeoisie: comparative studies of the uneasy stratum* (Nueva York: St. Martin's Press/Londres: Macmillan, 1981) 155-81.

11. J.-C. Bouvier (*Tradition orale et identité culturelle. Problèmes et méthodes* (París, CNRS, 1980) 67-68) considera que para el estudio de una comunidad basta con la selección de diez personas que sean entrevistadas en profundidad; hasta veinte -sugiere- para completar la información, y siempre considerando que se trata de obtener un discurso que tenga cierta pertinencia en la representación comunitaria, y no tanto de acumular una información “objetiva” detallada, con el riesgo de darse cuenta de la jerarquización cultural real de los hechos considerados. G. McCracken (*The long interview* (Newbury Park, Sage, 1988) 17) aconseja trabajar más tiempo y con mayor cuidado con pocos testimonios que más superficialmente con gran número de ellos.

12. Véase, por ejemplo, C. Eller, “Oral history and moral discourse: conscientious objectors and the Second World War”, *Oral History Review*, XVIII/1 (1990) 49.

13. Propuesto por J.C. Johnson (*Selecting ethnographic informants* (Londres, Sage, 1990) 27 y 37-39), plantea dos tipos de representatividad en la selección: primero la estadística, basada en las teorías del muestreo (Puede consultarse C.A. Liningger y D.P. Warwick, *La encuesta por muestreo. Teoría y práctica*, México, Celsa, 1984) y segundo la teórica, por la cual se establecen criterios previos desde los cuales alcanzar el universo de entrevistados idóneo. Tomando como punto de partida este segundo tipo de representatividad, establece dos criterios de selección: el que denomina como esquema analítico a priori, dado por la teoría; y el esquema analítico emergente, dado por el trabajo de campo o por los primeros pasos exploratorios. El primero tomaría en consideración cuestiones teóricas previas al inicio del trabajo de campo, mientras que el segundo atendería a las pautas que fuesen marcando las condiciones y posibilidades del propio desarrollo de la investigación. Esta doble consideración coincide en gran medida con la que propone el citado M. Papy (pp. 99-100) y L.R. Serikaku, “Oral history in ethnic communities: widening the focus”, *Oral History Review*, XVII/1 (1989) 71-87.

TRADICIONALISMO, CARLISMO Y FAMILIA¹⁴

La tradición como tal tiene un origen concreto, más o menos remoto en el tiempo, pero siempre fundamentado en aspectos y momentos previos¹⁵. No es sinónimo de pasado, pues no todo el pasado sobrevive, y supera su matiz negativo mediante la que consideran necesaria supervivencia de elementos de ese origen previo. Por lo tanto la tradición supondría, para el tradicionalismo, “el pasado que sobrevive y tiene virtud para hacerse futuro”, en palabras de Víctor Pradera¹⁶. En ese proceso de supervivencia, en esa destilación de la experiencia acumulada, la correa de transmisión fundamental es la familia, que protagoniza el paso de una generación a otra del conocimiento básico¹⁷, de las claves legitimadoras del grupo, basadas en último término en el componente religioso, actuante y decisivo en las pequeñas sociedades, fundamentalmente rurales, de la Navarra tópicamente carlista¹⁸.

Partiendo de principios religiosos, los tratadistas y teóricos del tradicionalismo hispano incidieron en la idea del origen divino de la familia, creación directa de Dios. En este sentido no hicieron sino manifestar la profunda deuda contraída con los argumentos contrarrevolucionarios franceses, que recogían ya la idea del origen sobrenatural de la familia, célula primordial en la construcción del conjunto social: “El padre de familia y el Rey no derivan mas que de Dios”¹⁹.

Y es que, de acuerdo a estos teóricos, es ésta la primera de las agrupaciones que efectúa el hombre, ser social por naturaleza, e imprescindible para la conservación del ser humano, dado que su fin primario y fundamental es el de la multiplicación. A ello añaden la característica específica de la familia de estar refrendada sacramentalmente, único caso en el

14. Un breve resumen sobre este aspecto desde el punto de vista tradicionalista en: José María Codón, *La familia en el pensamiento de la tradición*, Madrid, Ediciones del Congreso de la Familia Española, 1958. Es significativa igualmente la celebración de este encuentro, primero de una serie que se centró en lo relacionado con la familia. Véase: Gabriel Elorriaga, *Dinámica familiar española* (Ediciones del Congreso de la Familia Española, Madrid, 1963), especialmente 9-10 y 44-49.

15. Sobre el concepto teórico de tradición existe un evidente interés actual en el campo historiográfico, aunque su aplicación en otros dominios es anterior. Así, puede verse: J. Pelikan, *The Vindication of Tradition* (New Haven, Yale University Press, 1984). Sin embargo, fue Edward Shils quien inició la revisión del concepto, resultando su importancia: “Todo lo existente tiene pasado. Nada de lo que ocurre escapa completamente del abrazo del pasado” (*Comparative Studies in Society and History*, 13 (1971) 122-159). Posteriormente elaboraría el ya clásico *Tradition* (Londres, Faber & Faber, 1981). Un punto de vista reciente y multidisciplinar sobre el tema en I. Olábarri y F.J. Caspistegui (eds.), *La 'nueva' historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad* (Madrid, Editorial Complutense, 1996) 217-232. Puede verse también, desde una perspectiva más básica: J.C. Nyíri, “‘Tradition’ and Related Terms: A Semantic Survey”, en su: *Tradition and Individuality. Essays* (Kluwer, Dordrecht, 1992) 61-74, y especialmente su definición: “Designaríamos [...] con el término tradición, cualquier práctica, costumbre, etc. que sea aceptada como de autoridad, requiera una adhesión consciente, cuya historia se extienda al menos a las últimas tres generaciones y cuyos adherentes conozcan dicha historia” (73).

16. *El Estado Nuevo* (Madrid, Cultura Española, 1941 —3ª edición—) 25.

17. “[A]sí es de consecuente la familia carlista donde los bienes inalienables de las ideas se transmiten de padres a hijos de generación en generación, como caudal que no tiene precio porque su valor es incalculable” (*El Pensamiento Navarro* —en adelante EPN—, 9-12-1964, p. 8).

18. F.J. Caspistegui, “Navarra y el carlismo durante el régimen de Franco: la utopía de la identidad unitaria”. Este peso de lo religioso estaba ya plenamente definido en momentos en que la comprensión habitual del entramado social comenzaba a secularizarse. Así, Louis de Bonald, destacado contrarrevolucionario, señalaba: “No ha habido en Europa durante veinte años mas que miras cortas y falsas en política, porque no ha habido ninguna mira religiosa, pues sólo la religión entiende de política”, *Pensamientos religiosos, filosóficos y políticos de Bonald*, (Madrid, 1871) 35-36; “La Religión es al pie de la letra el alma de la sociedad, y la política es su cuerpo”, *Ídem*, 167.

19. L. de Bonald, *Pensamientos*, 102; V. Pradera, *El Estado nuevo*, 150-1.

conjunto de las formas de sociabilidad del ser humano en que esto ocurre²⁰. A partir de la familia se produce la construcción del conjunto, dado que la soberanía social parte de ésta como unidad (aunque la autoridad y la representatividad sea paterna²¹), célula inicial y conformadora de las agrupaciones de los seres humanos, que no se basan en el individuo, sino en la familia²². En el seno de esta sociedad primaria y fundamental se refugia la esencia de la espiritualidad y de los valores, siendo, por tanto, la base desde la cual se difunde su contenido y desde la que se construye el entramado social que llena la distancia entre el individuo concreto —elemento básico y fin de la sociedad— y el Estado, es la base de los cuerpos intermedios, de la soberanía social²³.

Esta coincidencia en la importancia de la familia como impulsora de la educación también parte y se complementa con principios religiosos. Así, señala Pradera que “la enseñanza es función primaria [...] de la sociedad familiar” completada por la Iglesia y otras instituciones de carácter civil, aunque a título secundario, como garantes, por ejemplo, de las normas jurídicas de actuación o de su financiación²⁴. Este aspecto va a quedar reducido conforme el componente religioso pase a un segundo plano. Así, en las propuestas que el Partido Carlista realiza ante las convocatorias electorales de la primera transición, el sistema de enseñanza se basa en el ofrecimiento a cada individuo de los medios para conseguir su propio desarrollo personal²⁵.

Teóricamente al menos, es evidente la directa relación entre la familia y la transmisión del patrimonio de tradición depositado en ella. Imbuido de lo religioso, el grupo familiar tradicionalista aúna el aspecto puramente espiritual con el socio-político y de relación que es el carlista. Esta disección del sentimiento, de la cosmovisión que caracterizan el que ha sido cali-

20. Jaime Balmes, *Obras Completas*, III (BAC, Madrid, 1950) 149 y IV, 245. Más referencias e introducción en J.M^a García Escudero, *Antología política de Balmes*, I (BAC, Madrid, 1981) 457.

21. En este aspecto la unanimidad teórica es completa. La figura del padre de familia (no utilizamos conscientemente marido o mujer) es la preponderante en la unidad social familiar, jerárquicamente organizada por naturaleza (V. Pradera, *El estado nuevo*, 195-6; F. Elías de Tejada, R. Gamba y F. Puy, *¿Qué es el carlismo?* (Madrid, Escelicer, 1971) 165). El papel de la madre en ese conjunto se precisa con claridad: “La familia es, pues, de raíz hondamente patriarcal; pero conforme al concepto cristiano, el primado de honor de la familia corresponde a la madre, una madre que no se idealiza demasiado. Al revés, es un tipo real [...]”. Aquí, en España, el ideal de perfección se lo hemos reservado siempre únicamente a María” (J.M^a Codón, *La familia en el pensamiento de la tradición*, 7).

22. J. Vázquez de Mella, *Obras Completas*, V (Madrid, 1931-1945) 300-1; V. Pradera, *El Estado nuevo*, 106; M. Fal Conde, texto de 18-3-1972 (Archivo Manuel Fal Conde (Sevilla) —en adelante AMFC— C^a Cronológico 10. 1970-75); F. Elías de Tejada, R. Gamba y F. Puy, *¿Qué es el carlismo?*, 165. Ramón Forcadell Prats, creador de un grupo político de carácter tradicionalista durante la transición, concuerda con estos puntos generales (*PSR Unión Institucional*, Bilbao, Albia, 1977, p. 15). Señala el *Esquema Doctrinal. Carlismo 68* (Zaragoza, SUCCVM, 1968, p. 39), situado en una fase intermedia en la evolución carlista, que la familia “[g]ozará de personalidad jurídica plena superior a la de sus miembros”.

23. Jaime Balmes, *Obras Completas*, VI, 745; Pedro Aramburu, texto en: *Varios, Carlismo rebelde*, SUCCVM, Zaragoza, 1968, pp. 16-7.

24. *El Estado Nuevo*, 260-1; F. Elías de Tejada, R. Gamba y F. Puy, *¿Qué es el carlismo?*, 166-7. Pedro José Zabala, probablemente el más importante teórico de la clarificación carlista, señalaba la importancia de la enseñanza en el seno de la familia: “La familia es la comunidad clave donde el hombre entra en sociedad y recibe el patrimonio cultural” (*Doctrina social del carlismo*, Zaragoza, SUCCVM, 1967, p. 7).

25. José María de Zavala, *Partido Carlista* (Bilbao, Albia, 1977) 122-123; puede verse, en el mismo sentido: Cecilia de Borbón-Parma, *Diccionario del Carlismo* (Barcelona, Dopesa, 1977) 40. Es significativo que en esta última obra no aparezca el término familia. Otra referencia desde el progresismo carlista es la de Laura Pastor, que consideraba la familia como una reproducción a escala reducida, de la estructura social burguesa, que necesariamente habría de cambiar bajo formas democráticas (declaraciones en el libro de Amadeu Fabregat, *Partits Polítics al País Valencià* (Valencia, Eliseu Climent, 1976) 112-13 (cit. en Josep Miralles, “Laura Pastor...”).

ficado como tradicionalismo cultural, aunque artificial por lo que supone de ruptura de una unidad, tiene el valor de mostrar precisamente la compleja interacción entre ambos elementos, inseparables y mutuamente influyentes. De ahí también la importancia que debe darse a la consideración de uno y otro cuando se trata de explicar las actitudes ante su debilitamiento.

LA FAMILIA PARA EL FRANQUISMO Y LA IGLESIA CONCILIAR

Antes de pasar a la manifestación vivida de estas formas de entender la familia y la transmisión de sus elementos constitutivos, vamos a comparar lo dicho hasta ahora con otras dos referencias ilustrativas. En primer lugar con el marco político e ideológico que acogió esas vivencias, el franquismo; y en segundo lugar, con el referente eclesiástico que vivió su puesta al día durante el Concilio Vaticano II.

Es evidente el componente católico del que hizo gala el régimen franquista. El conocido como nacionalcatolicismo supuso quizá el elemento ideológico fundamental para comprenderlo, especialmente en las primeras décadas del mismo. Esta influencia se hace evidente en lo que respecta al aspecto familiar, lo que traza a su vez los lazos de parentesco con el tradicionalismo carlista. Por tomar sólo algún testimonio del propio Franco, podemos ver cómo se reproducen de forma prácticamente íntegra palabras e ideas de teóricos tradicionalistas: “nuestra Nación ha sido, más que una suma de individuos, una suma de hogares, de familias con un apellido común, con sus generaciones y jerarquías naturales y sagradas”; o bien, al mencionar la necesaria complementariedad de esfuerzos en torno a la educación: “la parroquia y el sacerdote que atiendan al perfeccionamiento espiritual; las escuelas cristianas y las de formación profesional y superior que, continuando la obra educativa de padres y sacerdotes, proporcionen la instrucción en los grados sucesivos”²⁶. Estas palabras, aunque aisladas, suponen, a nuestro entender, retazos suficientemente significativos para mostrar, una vez más, los comunes componentes entre franquismo y tradicionalismo.

Respecto a la consideración que la Iglesia Católica tenía del componente familiar, vamos a referirnos a la actualización, al *aggiornamento* que experimentó durante el Concilio Vaticano II, para comprobar el peso fundamental que el componente religioso tenía en el conjunto de ideas tradicionalistas sobre la familia y la transmisión de valores a partir de ésta²⁷. Así, se la reconoce surgida del sacramento matrimonial y transmisora y continuadora, primero, de la sociedad humana y, segundo, de la fe cristiana y los valores en torno a ésta, así como los propios de la sociedad civil, pues es el primer jalón de la educación, aunque luego sea asistida por ésta. Se la reconoce, igualmente, como origen y fundamento de la sociedad humana (“La familia ha recibido directamente de Dios la misión de ser la célula primera y vital de la sociedad”, 441). Pese a la brevedad de ejemplos mostrada, creemos que es suficientemente expresiva de ese sustrato religioso que se hallaba bajo la concepción tradicionalista de la familia.

Como puede verse en ambos casos, las conexiones son evidentes, y refuerzan, a nuestro entender, la compleja caracterización de la estructura del tradicionalismo. Elementos di-

26. Mensaje del fin del año 1953 y discurso ante el I Congreso Nacional de la Familia Española (18-II-1959), respectivamente, en: Agustín del Río Cisneros (selección), *Pensamiento político de Franco. Antología* (Servicio Informativo Español, Madrid, 1964) 271 (compárese con la nota 21) y 273 (compárese con la nota 23).

27. Todos los textos citados y las referencias proceden de *Documentos del Vaticano II. Constituciones, Decretos, Declaraciones* (Madrid, BAC, 1980) 46-7, 226, 250-2, 440-2, 600-1.

versos que confluyen en una manera particular de comprensión, reducida cuando alguno de esos componentes principales decae en una sociedad en transformación, como es el caso de la Navarra de los años sesenta y setenta.

LA FAMILIA VIVIDA

La forma de transmisión familiar del tradicionalismo carlista marcaba con fuerza su papel en Navarra. Buen reflejo de ello son las palabras de Francisco López Sanz, director de *El Pensamiento Navarro*, en las que se preguntaba por qué seguía creciendo el carlismo: “En primer lugar porque cada vez se reaviva más el espíritu carlista y, en segundo, porque los hogares carlistas se van multiplicando y la descendencia también es carlista. Aquí, podrá haber alguna excepción, pero en las familias carlistas, los hijos son también carlistas, no como algunos «hijos de papá», que hay por ahí, que con todo pertenecer a gente «muy bien», a lo mejor se hacen revolucionarios y hasta comunistas...”²⁸. Esta transmisión de los valores carlistas a través de generaciones no se limitaba al “ser” carlista como conciencia completa y conformadora de la personalidad social del individuo, sino que llegaba más allá, hasta los menores detalles del universo más cercano al carlista navarro de la postguerra²⁹.

La guerra civil de 1936-1939 supuso en este sentido un ejemplo máximo para quienes regresaron, marcando en su memoria la actitud de quienes murieron en la guerra, que pasó a señalar el camino a los jóvenes que habrían de recoger el testigo de esas tres generaciones que constantemente aparecían en el discurso tradicionalista sobre la guerra y que se dieron cita en el conflicto civil en defensa de unos valores considerados supremos. Un significativo texto de esta actitud es el siguiente:

“Junto al padre, el hijo, cabe al abuelo está el nieto. No son viejas historias de las Guerras Carlistas las que se recuerdan, son veraces retazos, heroicas hazañas de la Cruzada Nacional que, sin la adulteración de los hechos, pasan de unos a otros familiares.

28. “Por qué crece cada vez la animación a Montejurra”, EPN, 7-6-1964, p. 8. Véase también: “Un padre burgalés, de setenta años, que subirá a Montejurra con sus diez hijos”, EPN, 27-4-1962, p. 10. Y las palabras de F.J. Echeverría en respuesta a la crítica de R. Oyarzun que consideraba al carlismo en declive: “la gran mayoría de los del 18 de julio, nos hemos casado, y nuestros hijos siguen engrosando, y a mucha honra, las filas de la Comunión Carlista” (EPN, 8-9-1965, p. 6). Pueden verse también: el análisis de Jeremy MacClancy, “Navarra”, en: Carmelo Lisón Tolosana (comp.), *Antropología de los Pueblos del Norte de España* (Madrid, Universidad Complutense/Universidad de Cantabria, 1991) 124-6 y la reflexión de Jordi Canal, “La gran familia”, 105-10. Es evidente que existía una clara voluntad de continuidad en los tradicionalistas: “Lo único que he hecho en mi vida -y voy en los 56- ha sido trabajar para crear una familia a imagen y semejanza de la de mis mayores, y perpetuar en mis hijos -con éxito- las ideas y actitudes que en nosotros son ya tradicionales” (Carta de J. del Burgo a M. Fal Conde, 23-8-1969. A.M.F.C., C^a Correspondencia B 8).

29. “Cuando iba a morir mi padre, [...] con sus 4 hijos varones en Tercios de Requetés, [...] encomendó a mi madre entre sus últimas voluntades, que no dejáramos *El Pensamiento Navarro*, lo que ella cumplió y luego, cada uno de nosotros, al formar nuevos hogares, lo metimos en nuestra casa”. Carta de A. Izal Montero a J. Indave, Director de *El Pensamiento Navarro* (5-8-1970. Archivo Antonio Izal. Villava —en adelante AAI—). Un texto más general, aunque en igual sentido: “En la tradición, en la familia carlista, no hace falta ley sucesoria. Eso únicamente para la dinastía, para los Reyes. En la gran familia tradicionalista, ese principio y esa prudente prevención, no es necesaria. Generalmente lo que es el padre, es el hijo y el nieto. Por lo menos en el carlismo de solera” (F. López Sanz, EPN, 13-5-1962, p. 14). Un último texto, referido en este caso a uno de los dos pilares que un conferenciante (J. López Jacoiste) atribuía a las libertades forales navarras, que no es otro que la familia: “En cuanto a la influencia por el sentido familiar, se caracteriza por seguir el cauce de la estirpe, sin que esta idea inicial de retener la naturaleza antigua signifique un anquilosamiento, no es un mirar atrás, sino un estudio de selección de lo bueno para conservar, renovar e ir hacia adelante” (EPN, 17-1-1964, p. 6).

»Esta ha sido la forja, ésta, la mejor escuela política del Carlismo. En ella nuestros pequeños han sabido apreciar intuitivamente, por sus propios ojos y por sus mismas manos, las condecoraciones hechas carne, grabadas a fuego y metralla de quienes expusieron sus vidas y haciendas en pro de una Patria vendida al comunismo internacional»³⁰.

Esta presencia constante y directa de la tradición carlista familiar explica que fueran muchos los que confesasen sus iniciales vinculaciones políticas carlistas, aunque posteriormente no las mantuvieran activamente³¹. La familia era el ente constantemente vivo, sustentadora de una memoria social activa, repleta de tradiciones y costumbres concretas que cuajaban en la Tradición, con mayúsculas, y que impulsaba la fidelidad a esos principios como rasgo imprescindible del buen carlista³². Este estado de cosas era fomentado por la propia organización carlista, que vio en ella una sólida garantía de pervivencia. De ahí su preocupación e interés por revitalizar los pelayos, la organización infantil del carlismo y, sobre todo, las juventudes. En ambos casos los resultados no cumplieron las expectativas.

De cualquier manera, esta sensación de apoyo y de solidez de la estructura existente en el tradicionalismo carlista, aunque muy repetida y convertida en tópico, no sirve para generalizar a la hora de explicar el resultado de la transmisión de valores por parte de la familia. En muchos casos, esa transmisión no suponía la posesión de una conciencia clara, precisa y completa de lo que ser carlista suponía, sino una tradición más en el entramado de todas ellas que formaban la particular visión del mundo para el carlista. Uno de ellos comentaba al pedirle su visión de lo carlista:

“¡Pues no sé!, expresar un sentir, expresar un sentir que se llevaba dentro, que se ha heredado... -¡te voy a decir que... que... más bien!...-, ¡sí!, luego sí, ya me fui enterando pero de primero pues...: ¡ahí va!, mi padre es Carlista, mi abuelo es Carlista, ¡somos Carlistas!, ¡ah!, pues soy Carlista!”, como por ejemplo, cuando me dijo: “¿tú qué... qué quieres ser?”, “pues... ¡zapatero!” -como mi padre era zapatero-, porque entonces yo tenía trece años, si hubiera sido ebanista, pues hubiera dicho: “¡ebanista!”, entonces... ¡Carlistas!, ¡pues Carlistas!, luego sí, convencido sí, y hasta si quieres, y en principio, y viendo la nobleza de... de todos los pasados, el desinterés, la lucha por que hubiera un orden en cuanto a lo que ya estaba establecido, y las leyes por las que se regía -y la lealtad-. ¡Sí!, pero al principio pues Carlista, pues... ¡sí!, y luego convencido, y luego... vuelto. Devuelto”³³.

30. EPN, 16-4-1963, p. 4. También es significativo el siguiente texto: “La tradición no muere cuando la familia sabe dotar a sus hijos con la mejor dote de todas, que es la educación en la fe, del amor, de la paz, pero también de la lealtad y virilidad para imponerla cuando haga falta” (EPN, 7-5-1964, p. 12).

31. No es el caso de lo manifestado en la entrevista a C.A. (Baríndano, 4-12-1993) que señalaba al preguntársele sobre sus orígenes carlistas: “¡pues de mi madre!” (p. 1); y, tras comentar la participación de cinco de sus seis hermanos como requetés, añadía: “como ella nos había inyectado todo eso, pues todos hemos salido a eso, al carlismo” (p. 2); G.B. (Pamplona, 6-1991, p. 11), a la pregunta de cómo conoció el carlismo, contesta: “Antes de nacer, por la familia”.

32. Así, la necrológica de Benigno Oreja Elósegui indicaba de él: “perteneciente a una familia fiel, como la misma fidelidad a las ideas tradicionalistas”. EPN, 27-12-1962, pp. 1 y 2.

33. Entrevista a J.A. (Pamplona, 27-4-1993), p. 2. Esta aceptación de un sistema de valores asignado en ocasiones a una forma política concreta, se repite con frecuencia: “He ido aprendiendo lo que me han dicho a lo largo de la vida familiar, no tanto teórica, sino forma de vida, una forma de pensar, una forma de entender el mundo en general. Concretando en política, ideas carlistas” (Anónimo, 1991). En ocasiones oscilando en torno a elementos simbólicos, signos de pertenencia a un grupo concreto, una identificación grupal y, como en este caso, también asociado al signo religioso más visible, manifiesto e identificador: “Mis padres, la familia, desde siempre con la boina roja. Por ejemplo,

Si la tradición familiar era ser carlista, había que mantenerla, aunque en ocasiones, con el tiempo, estas ideas evolucionasen, se confirmasen o cambiasen radicalmente:

“Pues mire, mi padre y mis tíos eran ya carlistas, y ya sabe, cuando se juntaban y hablaban, sin quererlo, fuimos calando en las ideas y principios que veíamos”³⁴.

“No teníamos una conciencia clara de Carlismo, pero sí que en general nos identificábamos con esas ideas”³⁵

“El carlismo lo he conocido por ser hijo y nieto de carlistas y en mi familia hubo un general en las guerras carlistas, así que veníamos ya desde mis abuelos. Abuelos, padres, hijos, todos ellos tradicionalistas. El ambiente familiar influyó mucho”³⁶.

“Sí, mi familia era de tradición carlista, no en vano murieron en las guerras carlistas varios familiares antecesores. Esta tradición familiar me influyó sin duda ninguna y no poco. El profundo valor religioso, patriótico-español, moral y social, arraigados hasta la médula en mi familia, valores de las familias de entonces, y concretamente de la mía, fueron una ayuda y un empuje no pequeños”³⁷.

En todo este proceso de transmisión el papel fundamental lo representa la madre. Valga como ejemplo la entrevista mencionada a C.A. (Baríndano, 4-12-1993)³⁸. Ese sustrato inicial se podía complementar posteriormente mediante determinados estímulos concretos que desarrollaban lo que de íntimo tenía el sentimiento y lo completaban, añadiéndole nuevos matices. Pongamos algunos ejemplos:

“Yo era de familia carlista, y además con una vivencia del carlismo en casa [...]; quizá lo que yo recuerdo como antecedente más inmediato es cuando expulsaron a Carlos Hugo [XI-1968]. Eso produce una conmoción y pasas de ser de familia carlista a sentirte tú carlista”³⁹.

“Yo podía estar predispuerto por una cierta... diríamos ambientación familiar a un respeto a la tradición, pero no concretamente a la tradición política, sino fue la experiencia de la guerra la que me enseñó esta línea; entonces esta experiencia fue más vital que doctrinal”⁴⁰.

“Sí, sí, sí, hombre... sí, sí, sí, pero... aunque lo vivía y lo intuía en casa, sobre todo, yo en el carlismo he entrado, sinceramente, por la cuestión social”⁴¹.

mi padre y mi abuelo siempre iban a misa con la boina roja” (Entrevista a C.G., 1991). Véase también M. Vázquez de Prada, F.J. Caspistegui, R. Ruiz y A. Ripodas, “El franquismo en Navarra y la crisis del carlismo: una aproximación a través de las fuentes orales”, *I Encuentro de Investigadores del Franquismo* (Barcelona, 1992) 73-76, especialmente 74-75.

34. Entrevista a E.A. (1991).

35. Anónimo (25-5-1991).

36. Entrevista a A.E. (1991).

37. Entrevista a J.M. (1-9-1997).

38. Otro testimonio (M.L.A., Pamplona, 22-12-1994, p. 10), señala sobre la madre: “es la correa de transmisión, y hoy mismo hay mujeres que se siguen manteniendo fieles al carlismo, por eso les sigo teniendo un verdadero respeto, y muchas son mujeres mayores que siguen teniendo sus símbolos del carlismo”. Véase al respecto la nota 8.

39. Entrevista a R.B. (Pamplona, 29-6-1995), p. 1.

40. Entrevista a A.D. (Pamplona, 28-6-1995), p. 1.

41. Entrevista a L.I. (Villava, 23-3-1992), p. 4.

“He sido toda mi vida carlista. Lo mamé en la leche de mi madre, lo respiré en el aire de mi casa, lo aprendí en el ejemplo de mi padre y lo descubrí a través de las historias que mi abuelo me contaba en su casa de la Estafeta, las noches de invierno. Sin embargo, más importante que todo eso, fue mi decantación ideológica, razonada, meditada. Fue la práctica política, en los años difíciles del franquismo, donde un carlismo fuerte, joven, idealista y con empuje, estuvo presente en la lucha, en la resistencia contra la situación injusta que soportábamos”⁴².

Los pasos siguientes en esta forma de introducción en el carlismo eran la inserción en ámbitos de socialización más amplios (cuadrilla, grupo de amigos, etc.) y, por último, la profundización consciente y teórica en la doctrina mediante el estudio y la lectura⁴³. Este proceso podía conducir a una capacitación dentro del carlismo o, lo que no iba a ser infrecuente a fines de los años sesenta o principios de los setenta, al paso a otras formaciones políticas, o al propio carlismo, pues en muchos casos en los que la tradición familiar carlista era nula o muy débil, el conocimiento de su doctrina tenía una gran importancia: “creo que era Pío Baroja que decía que el carlismo se cura leyendo, ¡pues yo llegué al carlismo leyendo!”⁴⁴.

Una conclusión de todo lo dicho la ponemos en las palabras de uno de los entrevistados:

“[B]ásicamente ha sido la familia la que lo ha mantenido vivo [al carlismo]. Sí. A pesar de todo lo pasado”⁴⁵.

CONCLUSIONES

Quizá sea en este punto donde pueda establecerse con una cierta base el proceso de diferenciación en el seno del tradicionalismo carlista, entre los dirigentes, aquellos que por una tradición familiar más desarrollada en el compromiso o el conocimiento de la doctrina, o por propia inquietud, potenciaron y desarrollaron dichos rudimentos de formación recibidos por transmisión familiar, y quienes continuaron situados en el mismo proceso de transmisión rutinaria de lo recibido, que pronto verían ese fondo tradicionalista superado por otras propuestas concretas en cada campo o anquilosado frente a una sociedad que cambiaba a gran velocidad. En cualquiera de los dos casos, es evidente la importancia y capacidad de transmisión que la familia tiene y ejerce. Una familia que basaba dicha transmisión en un componente religioso fundamental, soporte ejemplificador y respaldo moral a las actitudes que desarrollaban cotidianamente. Por este motivo es evidente la escasa definición teórica del componente familiar en el carlismo que no sitúa en el primer lugar de sus preocupaciones el aspecto religioso, el tradicional primer elemento del lema carlista (lo que no implica que desde el tradicionalismo carlista la precisión teórica sea mucho más frecuente). El carlismo so-

42. Carta de C. Catalán a A. Izal (5-5-1979. A.A.I.).

43. “Así como cuando uno habla, primero aprende a hablar y aprende porque habla su padre y su madre y los que le rodean y no aprende a través de la gramática, el idioma propio y luego llega la gramática a perfeccionar lo que él ha hablado... [...] porque luego, claro, con el estudio y con la reflexión, lo que haces es buscar la fundamentación filosófico-jurídico-política de aquello que lo has profesado primero por tradición” (J.A.Z., Pamplona, 1-6-1989, p. 2-3); J. MacClancy, “Navarra”, 126; M.L.A. (Pamplona, 22-12-1994, p. 1), tras comentar el carlismo familiar, señalaba: “Después sí que fui estudiando más conforme iba teniendo años”.

44. Entrevista a J.A.P.N. (Pamplona, 3-7-1995, p. 1).

45. Anónimo (1991).

ciológico perdía entonces el nexo de unión con el carlismo ideológico y político⁴⁶, rompiendo una unidad que había explicado o había pretendido abarcar la totalidad de un mundo cuyas fronteras estaban cayendo de forma acelerada en una Navarra que cada vez menos encajaba con los tópicos que sobre ella se habían difundido. Casi de repente se derrumbó una imagen y surgió la extrañeza ante una pretendida novedad que muy probablemente no lo fue tanto.

Es evidente que aún falta mucho por hacer respecto a la imagen de la Navarra de post-guerra, pero el estudio de los mitos, los tópicos y los lugares comunes puede contribuir a conocer lo que se quería ofrecer de ella y, sobre todo, los porqués de esa voluntad.

46. Martin Blinkhorn, "Elites in search of masses: The Traditionalist Communion and the Carlist Party, 1937-1982", en: F. Lannon y P. Preston (eds.), *Elites and Power in Twentieth-Century Spain. Essays in Honour of Sir Raymond Carr* (Oxford, Clarendon, 1990) 179-201.